



ELISEO DIEGO

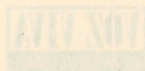


Pasaban en silencio nuestros dioses

(Antología poética)

Voz del autor

VOZ VIVA
DE AMÉRICA LATINA



VOZ VIVA

1987 © 1987, Editorial Voz Viva
Impreso en México, CDMX
Distribución: Voz Viva, México, D.F.



Rector

Juan Ramón de la Fuente

Coordinador de Difusión Cultural

Ignacio Solares

Directora de Literatura

Malena Mijares

Jefe del Departamento de Voz Viva

Mauricio Molina



VVAL-37

DR © 2003, Universidad Nacional
Autónoma de México, Ciudad
Universitaria, 04510, México, D.F.



ELISEO DIEGO



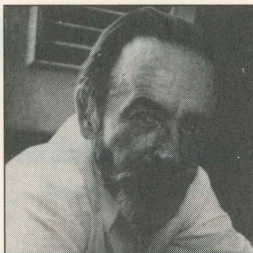
Pasaban en silencio nuestros dioses

(Antología poética)

Presentación de
Vicente Quirarte



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Eliseo Diego nace en 1920 en La Habana, Cuba. Fue uno de los integrantes significativos del grupo *Orígenes* junto a José Lezama Lima, Cintio Vitier y Gastón Baquero. Entre sus obras más destacadas figuran: *En las oscuras manos del olvido* (1942), *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949), *El oscuro esplendor* (1966), *Nombrar las cosas* (1973), *A través de mi espejo* (1981) e *Inventario de asombros* (1982). En 1993 le fue concedido el Premio Internacional de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo. Fallece en la Ciudad de México en 1994, legando una obra que sintetiza la tradición lírica española del Siglo de Oro y el Barroco, y que le ofrece a la literatura latinoamericana una gozosa ocasión para atisbar la eternidad.



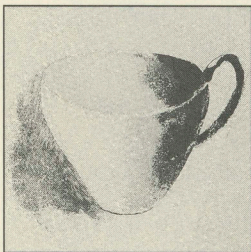
CONTENIDO

Presentación	9
VICENTE QUIRARTE	
El primer discurso [2'26"]	22
Esta mujer [39"]	24
Nostalgia de por la tarde [2'20"]	25
El general a veces nos decía [54"]	27
Bajo los astros [54"]	29
Riesgos del equilibrista [2'26"]	32
Pequeña historia de Cuba [6'47"]	35
Versiones [1'00"]	41
El oscuro esplendor [57"]	42
No es más [49"]	43





Entre la dicha y la tiniebla [1'58"]	45
Padre e hijo [1'00"]	47
Hermanos [1'08"]	49
Elegía para un hombre llamado Gonzalo [1'13"]	51
Elegía con un poco de amargura [1'08"]	53
La pirámide y la joven [3'11"]	55
Muchacha de la Madona [53"]	58
Vista de una granja al crepúsculo [1'47"]	59
Daguerrotipo de una desconocida [1'43"]	60
Testamento [1'15"]	62
TIEMPO TOTAL [36'20"]	



Vicente Quirarte (México, D. F. 1954) es doctor en Letras Mexicanas por la UNAM. Poeta, narrador y ensayista, fue integrante de los talleres literarios de Eduardo Lizalde, Óscar Oliva y Salvador Elizondo. Ha obtenido diversas distinciones como el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas (1990) con *El azogue y la granada. Gilberto Owen en su discurso amoroso*, y el Premio Xavier Villaurrutia (1991), con su poemario *El ángel es vampiro*. Fue director del *Periódico de Poesía* y secretario de redacción de la revista *Universidad de México*. Entre sus libros de poesía podemos mencionar: *Fra Filippo Lippi. Cancionero de Lucrecia Buti* (1982), *El cuaderno de Aníbal Egea* (1990), *Viajes alrededor de la alcoba* (1994); de ensayo: *La poética del hombre dividido en la obra de Luis Cernuda* (1985), *Sintaxis del vampiro. Una aproximación a su historia natural* (1996) y *La ciudad como cuerpo* (1999); y de narrativa: *Plenilunio de la muñeca* (1984). Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores y miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.



PRESENTACIÓN

VICENTE QUIRARTE

Mi ejemplar de las *Prosas escogidas* de Eliseo Diego, publicado por Letras Cubanas en una edición encuadernada en azul celeste, está inscrito por su autor el primer día de 1988 en La Habana. A su casa en El Vedado llegamos esa mañana para conocer al hombre que por sus libros ya nos era familiar, transparente y entrañable. El poeta acababa de bañarse y a su limpieza corporal añadía la hiperbólica albura de una guayabera. Luego de servirnos un café con sus cuatro letras —caliente, amargo, fuerte, escaso— el poeta aceptó cortésmente resignado, por enésima ocasión, nuestro descubrimiento de su parecido físico con Joseph Conrad. Para no dejar lugar a dudas sobre su simpatía hacia el marino polaco que hizo pasar por el tifón de su genio la lengua por conquistar, Diego leyó irremediablemente algunos poemas de su dilecto Walter de la Mare.

Mediante ese improvisado recital, Eliseo Diego iba revelando, acaso de modo involuntario, sus numerosas facetas. Una explicaba a la otra



y a la vez lo multiplicaba en los innumerables seres que conforman al poeta: al poblar el aire con voz de minuciosa plata, nos explicaba su amor por la caligrafía, ese medio de construcción que invade el papel con estruendoso silencio; al verter a nuestro idioma el testimonio de un poeta de otras edades y latitudes, demostraba que la primera obligación del hombre de palabra es la de ser un paciente traductor que, con el paso de los años, encuentre cómo la música de las palabras “Leve de corazón como de pie” es la mejor adaptada al original *Light of step and heart was she*.

Como podemos apreciar en este disco, escuchar a Eliseo Diego, leer en voz alta sus poemas, es comprender su respeto por el lenguaje y la cadencia, el modo como se detiene ante cada palabra, para consumir el milagro mediante el cual la poesía respira en una voz fatigada en el espacio, pero nunca en el tiempo.

Naturalmente, todo poeta está obligado a servir al idioma con las mejores herramientas que le es dado ganar y manejar y poseer. En Eliseo Diego, tal exigencia aumenta por la sensación de sacralidad que experimenta ante lo desconocido. Para él, toda observación de la realidad es



un enfrentamiento con potencias milenarias, el principio de la belleza angélica que debe inspirar terror para extraernos del mundo e introducirnos en él. De ahí el carácter ceremonial que anticipa sus visiones: la casita del perro y su historia conjetural, la meditación en torno al espejo y el jabón para afeitarnos.

Las líneas iniciales de su primer libro, *En las oscuras manos del olvido*, ya están cargadas de esta atmósfera densa y premonitoria cuyo testimonio sólo puede hallar analogía en una intensidad lingüística: “La tarde en que mi madre dijo que iríamos a la quinta de la torrecilla alta y negra, que era el centro de nuestro horizonte, sentí una oscura angustia”. El título del libro está tomado de un verso de Quevedo, poeta en más de un sentido próximo a Diego: de él aprende la obsesión por el paso del tiempo, el amor por el concepto y la voluntad estilística.

No podían faltar los místicos. Sin una comprensión cabal de ellos —y Diego insiste en esta comprensión con h— el cubano no hubiera logrado la precoz madurez, el tono grave y ligero, profundo y luminoso presente en cada página de su primer libro de versos, *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949).



Pasión por la existencia y pasión por la palabra exigente fueron las enseñanzas que Eliseo Diego encontró en el grupo de la revista *Orígenes*, al cual debía pertenecer por vocación y simpatía. Desde sus primeros textos allí publicados, *Divertimentos*, es patente su necesidad de contar una historia con los elementos propios de la poesía. Sin embargo, nunca se deja cautivar por la exquisitez preciosista ni por la confesión autobiográfica. Por el contrario, el suyo es un lenguaje poblado de significaciones, relámpago cuyo impacto no mata el eco de la permanente lucidez.

A partir de sus primeros libros antes mencionados, Eliseo Diego inicia lo que, diseminada a lo largo de toda su escritura, constituye una *Biographia Literaria* según la concepción de Coleridge. Como al poeta inglés, a Diego no le interesa decir “Esto me sucede” sino demostrar “Esto acontece en el alma de un poeta”. Resumen insuperable de las moradas interiores ocupadas por un poeta en su periplo es el texto publicado bajo el título “Esta tarde nos hemos reunido”, conferencia pronunciada en el Lyceum en 1958. Eliseo Diego aún no cumplía los cuarenta años de edad, pero ya era Eliseo Diego, dueño de sus mejores armas. Mientras un grupo de barbudos combatía en la Sierra contra el ejército de Fulgencio Batista, para



modificar la historia de Cuba y de todo el continente, el poeta cumplía su trabajo de demostrar que “la poesía no es una excepción sino una fidelidad y una obstinada decisión del alma”.

Es imprescindible hablar de la Revolución Cubana, pues una de las mayores virtudes de Eliseo Diego como escritor ha sido la integridad con la cual ha sabido mantener su posición.

Nunca tuvo duda de que defender la poesía es defender a la patria, no sólo la inmediata y suave que nos nace desde el pecho, sino esa patria más amplia donde la responsabilidad común es el idioma, sus mutaciones y exigencias.

Hombre isla en su isla, Eliseo Diego interroga primero su interior de hombre para devolvernos sus hallazgos. La exigencia autoimpuesta desde su juventud para que el poema no significara sino fuera —de acuerdo con la definición de Archibald Mac Leish— se manifiesta en que sus textos, trátase de una conferencia, un ensayo epigramático o una historia, sean objetos verbales que tienden a la autonomía y a la escritura potenciada.

Porque Eliseo Diego no es un poeta que escribe ensayos y narraciones, ni un escritor que se vale de su habilidad poética para construir



versos. Poeta en todos los instantes de su escritura, se afana en buscar las equivalencias entre este mundo de lo aparente y ese otro que nos rodea y nos negamos a ver. Secretos del mirar atento llama Diego a los cuentos visionarios de Hans Christian Andersen. En esta sed de mirar lúcidamente se halla uno de los elementos centrales de la poética de Eliseo Diego. De ahí la abundancia de objetos y situaciones concretas en su poesía.

El hombre que mira la vida concentrada en el paso ligero de una joven; el viejo payaso que inicia a su hijo en los misterios de su profesión; el poeta que testimonia el paso inevitable de los días en el hombre que lo aloja, son algunas figuras memorables en la poesía de Eliseo Diego. Lo son porque, a semejanza del equilibrista en la cuerda floja, nace como ritos de paso, estaciones hacia un conocimiento obtenido sobre la marcha. De ahí también su pasión erudita por los cuentos tradicionales, con su carga de sabiduría ancestral y colectiva. Si bien en varios momentos de su exploración poética, Diego se detiene a meditar sobre la poesía, en pocos como en “La niña del bosque” aparecen mejor ilustrados el riesgo a sentir pero también el peligro mayor de no sentir:



*Caperuza del alma, está en lo oscuro
el lobo, donde nunca
sospecharías,*

*y te mira
desde su roca de miseria,
su soledad, su enorme hambre.*

*Tú le preguntas: ¿Por qué tienes
esos ojos redondos?*

*Y él responde,
ciego, para mirarte
mejor, llorando.*

*Y en seguida
tú vuelves: las orejas,
¿por qué tan grandes?*

*Y él,
para escucharte, oh música
del mundo, sólo
para escucharte.*

*Y luego
lo demás es la sombra —indescifrable.*



Entre las múltiples lecturas admitidas por el texto, la niña es la poesía y el lobo el poeta. En el planeta autónomo del bosque, el lobo conoce el riesgo de amar, y ante las preguntas de la todopoderosa, fragilísima nin-feta, a la fiera no le queda sino responder con horror sagrado. La vista y el oído, sentidos platónicos para la aprehensión de la belleza, otorgan al lobo el privilegio de plantarse en el umbral de la sombra, donde sólo el poema y el amor, a veces, arrojan su instantáneo fognazo.

La conversación que Eliseo Diego establece con su interlocutor, sea al caminar por el parque de La Venta, sea en la página de su escritura, es la base de una poética que no se enuncia de manera teórica sino da testimonio lúcido y apasionado de los hechos. Porque sea en la celebración que desde sus ojos nace al paso de una muchacha hermosa, en el cuidadoso arabesco de su caligrafía, en su paciente trabajo de traductor, Eliseo Diego vive para llenar con un poco de luz nuestra permanente oscuridad y hacer una relación de los milagros del mundo.

Habría que añadir de los milagros del hombre en el mundo, de las iluminaciones que esa criatura a veces deleznable puede instaurar de modo permanente.



Se afirma, a veces con involuntaria intención demagógica, que el poeta es un educador.

La definición, tan noble como antigua, es más amplia y de más largo alcance referida a poetas como Eliseo Diego. La sola educación que un poeta puede otorgarnos es la de la mirada. Acaso por el despojo que cotidianamente han sufrido los pueblos de Nuestra América, nuestra literatura está poblada de objetos, lo mismo en las *Odas* de Neruda que en las novelas de Gabriel García Márquez y Fernando del Paso. Al contrario de otros poetas que en la acumulación indiscriminada de objetos, en la sustantivación de las vanguardias dejaron a nuestra poesía como uno de sus mejores legados, Eliseo Diego prefirió, desde sus primeros textos, desconfiar de las cosas, enamorarse lúcidamente en ellas para que al término del deslumbramiento no queden las cenizas del desengaño. No es la inmediata propaganda política de los objetos glorificados por un estentóreo realismo socialista, sino la develación de un realidad que estaba a nuestra espera. En este sentido, Diego es fiel a las palabras de una de sus narraciones: “Con el amargo, mortal sabor del llanto en la boca, di las gracias por todas estas cosas y fui a



sentarme en uno de los bancos, en la luz, sólo por el placer de mirarlas, de contarlas, de nombrarlas”.

Si la utilidad de las cosas nace de la cabal comprensión de sus misterios, la permanencia de los objetos en Diego se debe a la sabiduría con la cual sabe transformarlos en sujetos.

Ejemplo de semejante metamorfosis es el *Muestrario del mundo o libro de las maravillas de Boloña* (1966). Tomando como base el libro de tipografía de José Severino Boloña, impresor cubano del siglo XIX, el poeta establece una bitácora existencial de la especie. A partir de figuras originalmente concebidas para fines prácticos e inmediatos, Eliseo Diego nos convence de que una letra capitular o una viñeta son, como la poesía misma, herramientas de primera necesidad para descifrar el mundo. *Inventario de asombros* es el título de otro de sus libros que puede servir como definición del poeta en general y del poeta que Diego es. Si las palabras *mundo* y *asombro* invaden su poesía, no se trata de la inmediata admiración del ser conmovido ante los innegables prodigios de la creación. Si para esta amorosa captura de la realidad el poeta se valió de redes tupidas en sus primeras obras, en las más recientes su afán



es el mismo, aunque el tono adquiere la ligereza del aire, pero también su fuerza contenida.

Afirmaba nuestro José Gorostiza que el poeta es un hombre de Dios, porque puede “a semejanza suya, sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía”. La definición no disgustaría a nuestro Eliseo Diego, nuestro por hermandad en la lengua y nuestro por su larga y sostenida amistad con México y su gente. Pero ser un mensajero de las epifanías entre este mundo y el trascendente precisa de un valor y una osadía que distingue al poeta de sus semejantes y, al mismo tiempo, lo vuelve más próximo a ellos. En una página de su luminoso *Libro de quizás y de quién sabe*, el hombre y el poeta confiesan: “Las vicisitudes del bien debieran apasionarnos más que las del mal, pues el mal qué peligro corre, mientras que el bien ha de bordear siempre el abismo”. El hombre que nos recibió en El Vedado aquella mañana de enero daba la impresión de ser, así un hombre de Dios, un hombre cuya bondad y cuyo talento consisten en otorgarnos fuerza para soportar la vida, para dignificarla y justificar nuestro breve instante aquí. Quien tenga el privilegio de escuchar esta voz podrá confirmarlo.

ELISEO

DIEGO



Pasaban en silencio nuestros dioses

(Antología poética)



EL PRIMER DISCURSO

En la Calzada más bien enorme de Jesús del Monte
donde la demasiada luz forma otras paredes con el polvo
cansa mi principal costumbre de recordar un nombre,

y ya voy figurándome que soy algún portón insomne
que fijamente mira el ruido suave de las sombras
alrededor de las columnas distraídas y grandes en su calma.

Cuánto abruma mi suerte, que barajan mis días estos dedos de piedra
en el rincón oculto que orea de prisa la nostalgia
como un soplo que nombra el espacio dichoso de la fiesta.

Al centro de la noche, centro también de la provincia,
he sentido los astros como espuma de oro deshacerse
si en el silencio delgado penetraba.



Redondas naves espaciosas lanudas de celestes algas
daban ganas de irse por la bahía en sosiego
más allá de las finas rompientes estrelladas.

Y en la ciudad las casas eran altas murallas para que las tinieblas
quiebren,
¡oh el hervor callado de la luna que sitia las tapias blancas
y el ruido de las aguas que hacia el origen se apresuran!,
y daban miedo las tablas frágiles del sueño lamidas por la noche
vasta.

Mas en los días el vuelo desgarrador de la paloma
embriagaba mis ojos con la gracia cruel de las distancias.
Cómo pesa mi nombre, qué maciza paciencia para jugar sus días
en esta isla pequeña rodeada por Dios en todas partes,
canto del mar y canto irrestañable de los astros.



Calzada, reino, sueño mío, de veras tú me comprendes
cuando la demasiada luz forma nuevas paredes con el polvo
y mi costumbre me abrumba y en ti ciego me descanso.

ESTA MUJER

Esta mujer que reclinada
junto a la borda inmóvil de su casa
soporta con las manos arrugadas
el peso dócil de su tedio,
sólo escuchando el tiempo que le pasa
sin gracia ni remedio.
Esta mujer, desde la borda
blanca de su balcón, que el patio encierra,
mira correr, ansiosa y sorda,
la estela irrestañable de la tierra.



NOSTALGIA DE POR LA TARDE

a Bella

El que tenía costumbre de poner las manos
sobre la mesa blanca junto al pan y el agua,
traje rugoso de fervor y alpaca,
y aquella su esperanza filial en los domingos,
ya no conmueve nunca el suave pensamiento de la fronda
con el doblado consejo de su paso.
Y el taciturno banco entre los álamos dormido
y aquel campito hirsuto a quien las lluvias respetaban.

Qué tedio los sepulta como la muerte a los ojos
que no los cruza nunca la bendición de unas palomas,
que tengo que soñarlos, mi amiga, tan despacio



como quien sueña un grave color que nunca viera,
como quien sueña un sueño y eso es todo.

Porque quién vio jamás
pasar al viejecillo
de cándido sombrero bajo el puente
ni al orador sagrado en la colina.

Yo vi al lagarto de liviana sombra
distraerse de pronto entre su sangre,
quedar inmóvil, sí, tumbado,
pesando e incapaz de confundirse ya nunca con la tierra.

(El que tenía costumbre de cruzar las manos
sobre la mesa blanca para mejor mirarnos,
su mueca de morir cuándo la he visto,
su mueca parda.)



He visto al pez de indestructible púrpura,
en la mañana arde como criatura perpetua de la llama,
olvida los trabajos mugrientos de su sangre,
yace perfecto y la madera sagrada lo levanta.

Pero quién vio jamás
el ruedo misterioso de tu falda
mientras cortas las rosas en la tarde
ni el roce y la tristeza de la lluvia
como un ajeno llanto por mi cara.

Porque quién vio jamás las cosas que yo amo.

EL GENERAL A VECES NOS DECÍA

El General a veces nos decía
extendiendo sus manos transparentes:



“así fue que lo vimos aquel día
en la tranquila lluvia indiferente

sobre el negro caballo memorable”.

Suavizaba la sombra del alero
su camisa de nieve irreprochable
y el arco duro del perfil severo.

Y mientras en el patio de azul fino
cercana renacía la tristeza
del platanal con sus nocturnos roces,

más allá de las palmas y el camino,
limpiamente ceñida su pobreza,
pasaban en silencio nuestros dioses.



BAJO LOS ASTROS

Es así que la casa deshabitada, por la tarde, suena de pronto como
el cordaje de un barco.

Vibran a solas los cristales vacíos, la penumbra quisiera
conmovernos,

y el animal pequeño, el de lustrosa piel en los rincones, trémulo
huye, como siempre, a los altos distantes.

Es aquí donde decíamos: qué tiempo maldito hace debajo
de los álamos, suerte que vino usted a tiempo, buenas tardes,
oh padre, qué mala noche, qué buen día siempre.

Aquí, en el umbral que los nortes menudos de las puertas asuelan
de gris y leve polvo,



alguno de nosotros, los de casa, debe vestir los pesarosos,
los oscuros

ropajes del sacrificio para decir: aquí esperaba, y aquí cosía mamá
sus misteriosas telas blancas

y aquí entró aquel día el tímido lagarto, y aquí la mosca extraña
que zumbaba, y aquí la sombra y los cubiertos, y aquí el
fuego, y aquí el agua.

Porque llega una hora en que todas las casas se despueblan de sus
ruidos mortales

y las vidrieras son frías como esos invernaderos desolados, lisos
ojos de muerto, que nadie supo nunca dónde quedan,



es preciso que alguien, alguno de nosotros, venga y diga:

los cubiertos de casa, qué se hicieron, alguien sin duda los ha robado.

Grave silencio, sobre mi hombro descansas como el peso
conmoverdor de una muchacha sollozante.

Es así que ahora todo nos falta. Si alguien nos ofreciera un poco
de café nos salvábamos

porque la casa deshabitada es adusta como la justicia del fin

y el viento que pasea por los altos no es sino el viento,

las estancias no son más que las estancias de la casa vacía

y es como si no hubiese venido nadie, como si nadie mirase los
recintos del hombre, bajo los astros.



RIESGOS DEL EQUILIBRISTA

Allá va el equilibrista, imaginando

las venturas y prodigios del aire.

No es como nosotros, el equilibrista,

sino que más bien su naturalidad comienza

donde termina la naturalidad del aire:

allí es donde su imaginación inaugura los festejos

del otro espacio en que se vive de milagro

y cada movimiento está lleno de sentido y belleza.

Si bien lo miramos qué hace el equilibrista

sino caminar lo mismo que nosotros

por un trillo que es el suyo propio:

qué importa que ese sendero esté volado

sobre un imperioso abismo si ese abismo

arde con los diminutos amarillos y violetas,

azules y rojos y sepias y morados



de los sombrerillos y las gorras y los venturosos
pañuelos de encaje.

Lo que verdaderamente importa
es que cada paso del ensimismado equilibrista
puede muy bien ser el último de modo
que son la medida y el ritmo los que guían
esos pasos.

La voluntad también de aventurarse
por lo que no es ya sino un hilo de vida
sin más esperanza de permanencia
que el ir y venir de ayer a luego,
es sin duda otra distinción apreciable.



Sin contar que todo lo hace por una gloria tan efímera
que la misma indiferencia del aire
es por contraste más estable, y que no gana
para vivir de los sustos y quebrantos. El equilibrio
ha de ser a no dudarlo recompensa
tal que no la imaginamos.

¡Adelante!

decimos al equilibrista, retirándonos
al respaldo suficiente de la silla
y la misericordiosa tierra: nosotros
pagamos a tiempo las entradas y de aquí no nos vamos.



PEQUEÑA HISTORIA DE CUBA

I

Cuando en los pueblos la tarde cae de polvo a púrpura,
en Bejucal o en Santa María del Rosario,
Calabazar, rincón de soledades,
Artemisa del alma o misterioso Guáimaro,
la gente se va a los parques. Desde la tierra
los ojos lentos suben a la locura del murciélago
yendo y ahondando las vacuidades solitarias,
y pónese uno a hablar de los taínos, y de David y Botticelli.
Los españoles no hicieron aquí cosas muy grandes,
pero tampoco, es cierto, las hicieron los indios, esos pobres,
que en vez de templos o pirámides nos legaron cazuelas,
en vez de altares para la sangre, recipientes
para el casabe. No sabían mucho, eran más bien felices
y no escribieron nunca. En Cuba no había oro.



Pánfilo de Narváez batió en vano sus mandíbulas
y desquitóse luego matando hasta por gusto, a tajos.
De prisa y corriendo se hicieron dos o tres ciudades, a lo sumo,
porque no había oro: qué vergüenza. Quizás una pepita o dos,
a lo más cuatro,
y así quién hace catedrales. (El Hijo del Carpintero
tampoco habría podido costearlas.) Y piénsese que todo el tiempo
el Almirante mismo, Colón, Cristóbal,
el genovés de los ojos obstinados,
había dicho que ésta era la tierra más linda que soñaran ojos humanos
con todo lo demás que dice sobre los pajaritos piando esplendores.
Pero no les bastaba. En la ridícula Isla no había oro,
y así quién pinta, quién guerrea, quién construye, quién hace nada.
De rabia desgajaron los bosques, deglutieron la tierra, se tragaron
las aguas.
La belleza de la Isla que se la lleve el diablo.



II

Entre un murciélago y el otro cabe la invención de la caña,
en Bejugal, en Santa María del Rosario,
entre la tierra y la locura de los aires
cabe el negrero, el bocabajo, el látigo: por fin tuvieron oro.
Tumbaron todos los bosques, chapotearon en sus feos trajines, locos
de gusto,
esparcieron horror a manos llenas, agarraron su oro.
El espectro de Pánfilo de Narváez iba en la lluvia riendo gordo,
Calabazar lo vio y también Artemisa y el remoto Guáimaro.
Pero los negros no tenían ni grandes templos ni tampoco pirámides
ni hermosos ritos crueles por los que suba el humo de la sangre
a borbotones de miles y de miles de sacrificios humanos.
(Tampoco los taínos enviaron a los cielos otro humo ritual que el
del tabaco.)



No trajeron, los negros, en la estrechez de los barcos negreros,
más que su música y sus bailes y esa voz que resuena como
en el mismo corazón del hombre.

Por fin había oro, pero los españoles no hicieron catedrales a Dios
gracias,

ni en Artemisa ni en Bejucal ni en la mismísima Santa María del
Rosario: no había tiempo.

(Nazaret fue un pueblo así de raso: no se menciona su sinagoga
para nada.)

El oro era tanto, que no había tiempo más que para pegar, arrancar
y llevárselo.

Con lo que nos cansamos por fin los blancos y los negros (indios
ya no había)

y nos quemamos los ingenios (¡cómo chillaban!) y nos
quemamos los plantíos (¡cómo lloraban!)

y los botamos a patadas. Sólo que con la ira



la mano se nos fue en el fuego desde Calabazar a Guáimaro,
y los pueblos siguieron tan feos como antes. Sí, la usura
desgarró de fealdad la tierra más hermosa; luego vino la cólera;
luego empezamos otra vez, dale que dale con el oro,
ya es verano en El Encanto, haga su agosto en La Ópera, sea
vivo,
dale que dale con el oro, emporcándonos,
masticando en inglés, mandándonos al diablo, hasta que por fin nos
cansamos.
Vivos, vivones, vivarachos de siempre, se acabó lo que se daba; ya
no hay oro.
Ahora, gracias a Dios, no hay oro en Cuba.
Porque no nos importa, porque es un sucio becerro y no nos da
la gana,
porque no especulamos, de espejo a turbio espejo,
ya infernalmente con la caña,
porque las mismas manos que la cortan la llevan a la boca:
ya no hay oro.



Desde los bancos de los parques el humo sube poquito a poco,
empinándose,
confundiendo al murciélago: sobre la hoja del plátano
amanece el cocuyo, la trémula belleza del origen,
y ya podemos irnos, soñando, a casa. Mañana será la Isla
como la vio Cristóbal, el Almirante, el genovés de los duros ojos
abiertos,
en amistad la hierba con el mar, tierra naciente
de transparencia en transparencia, iluminada.



VERSIONES

La muerte es esa pequeña jarra, con flores pintadas a mano, que hay en todas las casas y que uno jamás se detiene a ver.

La muerte es ese pequeño animal que ha cruzado en el patio, y del que nos consuela la ilusión, sentida como un soplo, de que es sólo el gato de la casa, el gato de costumbre, el gato que ha cruzado y al que ya no volveremos a ver.

La muerte es ese amigo que aparece en las fotografías de la familia, discretamente a un lado, y al que nadie acertó nunca a reconocer.

La muerte, en fin, es esa mancha en el muro que una tarde hemos mirado, sin saberlo, con un poco de terror.



EL OSCURO ESPLENDOR

Juega el niño con unas pocas piedras inocentes
en el cantero gastado y roto
como paño de vieja.

Yo pregunto:
qué irremediable catástrofe separa
sus manos de mi frente de arena,
su boca de mis ojos impasibles.

Y suplico
al menudo señor que sabe conmovér
la tranquila tristeza de las flores, la sagrada
costumbre de los árboles dormidos.



Sin quererlo

el niño distraídamente solitario empuja
la domada furia de las cosas, olvidando
el oscuro esplendor que me ciega y él desdeña.

NO ES MÁS

Un poema no es más
que una conversación en la penumbra
del horno viejo, cuando ya
todos se han ido, y cruje
afuera el hondo bosque; un poema

por selva oscura



no es más que unas palabras
que uno ha querido, y cambian
de sitio con el tiempo, y ya
no son más que una mancha, una
esperanza indecible;

un poema no es más
que la felicidad, que una conversación
en la penumbra, que todo
cuanto se ha ido, y ya
es silencio.



ENTRE LA DICHA Y LA TINIEBLA

Como quien toca con un dedo
la punta fría del agua,
mareándose de sólo
su transparencia demasiada,
me he puesto yo a mirar
el no ser infinito que me aguarda.
Los soldados de plomo
están apenas en su caja
y entre la dicha y la tiniebla
no queda sino el filo de la lámpara.
Qué poco todo, mi amor,
y cómo es corta la esperanza,
cuando venimos a verla
ya se nos acaba
y están los hijos corriendo
más allá de la mañana.



Pienso en la tialola
de alguna familia egipcia o franca
y en el sabor de sus pasteles
que ya no saben más a nada,
y entonces nuestras bromas
van y se me atragantan
mirando que algún día
tendrá otro que inventárnoslas.
Contemporáneo de los Césares
y de Moisés y la Pequeña Juana
y de abolidos albañiles
colgados como arañas
sobre la piedra de los siglos,
sobre su cara mala,
todo el pesar del tiempo
me va a caer sobre la cara.
Como quien toca estremeciéndose
la punta fría del agua,



miro la noche tanto
más grande que mi casa,
la noche tanto más enorme
que toda la Vía Láctea,
y abajo mi conciencia
como una vela en una iglesia abandonada.
Qué poco todo, qué poco,
para tanta sombra
—tanta.

PADRE E HIJO

Tira de tu carrito,
hálalo y llévalo contigo adonde
aquel sol tan bonito
corriendo se te esconde
y a la luna la deja que nos ronde.



Que nos ronde la luna
con su lívida cara de payaso
y nos lleve una a una
las horas, y de paso
nos deje así a los dos a tiempo raso.

Ya no eres más un niño
ni el dueño yo de ocultas maravillas;
y tiembla mi cariño
de ver que las orillas
de la noche se acercan a hurtadillas.

¡Oh tira de tu carro
y llévalo contigo al fin del día,
en tanto yo me agarro
con qué ciega porfía
de un tenue rayo de la luna fría!



HERMANOS

Timor mortis conturbat me

William Dunbar

El ron de mis mayores me protege
contra el terror de ya no ser mañana.

Timor mortis conturbat me.

Me dice el frágil ido aquí a mi lado
que él es mi hermano, y es verdad.

Timor mortis conturbat nos.

Por nuestras venas corre el ron que un día
sobre el cofre del muerto se durmió.



Timor mortis conturbat me.

El leve ausente aquí a mi lado es viejo
como también, a la verdad, soy yo.

Timor mortis conturbat nos.

Solos, a solas, con el ron, los dos.



ELEGÍA PARA UN HOMBRE LLAMADO GONZALO

Ésta es una elegía para mi amigo Gonzalo.

Que no fue un héroe ni fue
un gran músico ni
siquiera un novelista famoso. Fue,
sencillamente, Gonzalo.

Tenía
la cara redonda de azoro
de tanto sentirse ser
Gonzalo.

Y tenía
unas gafitas montadas al aire que
nunca le sirvieron de mucho, a
Gonzalo.



Se equivocaba,

de puras ganas de no

equivocarse,

Gonzalo.

Esta mañana recuerdo cómo

nunca le hizo daño a nadie

a sabiendas, por gusto.

Y lo llamo,

aunque sé

que nunca va a responderme, sólo

por el gusto de saber que una vez

hubo un hombre que fue,

sencillamente, a su modo, Gonzalo.



ELEGÍA CON UN POCO DE AMARGURA

Ésta es otra elegía, pero
dedicada a un hombre desagradable,
vecino mío, que nunca
quiso saludarme.
No sé, por tanto, cómo se llamaba.

Cara de limón, cara de perro malo,
jamás se rebajó a mirarme
siquiera. Vivíamos
los dos en la misma calle.

Un día tras otro nos desencontrábamos.

Primero por la mañana, y luego
por la tarde.



Se murió, y,
naturalmente,
dejó de no saludarme.

Ayer lo vi venir tan él como de costumbre
y me alegró que todo fuese igual que antes.

Pero no era ni por la tarde ni por la mañana,
y en cuanto a él, tampoco era él,
como adrede.



LA PIRÁMIDE Y LA JOVEN

a mi hija Fefé

Esta que tengo entre las manos, con temblor, con orgullo, sonriendo
para mí secretamente,

es una foto de mi hija Fefé sentada en lo más alto de la augusta
pirámide de Teotihuacan, en México.

Nada se ve de la pirámide, sólo el frágil perfil de la muchacha,
el rojo y el azul de su vestido, su juventud
—su juventud sobre el magnífico valle de México.

Y sin embargo, yo sé que en lo alto la sostiene
la infinitud del taciturno enigma hecho de piedra y piedra
que es la pirámide de Teotihuacan, en México.

Cuántos cientos o miles de años la sostienen allá arriba
sobre la negra montaña hecha por manos de hombres, cuántos
cientos y miles de manos de hombres, nadie lo sabe, nadie.



Quiénes la hicieron, para qué, nadie lo sabe con certeza.
Con sus cuadradas escamas pétreas como en el carapacho de un
Leviatán jamás imaginado,
ya estaba donde está cuando los propios aztecas ya ni pensaban en
ella, dándola por supuesta.
Aunque cientos de miles de hombres la levantaron de la tierra a los
aires,
su escalerilla empinada y suficiente, su ser una perfecta forma
geométrica,
nos advierte que estar es lo que importa, y que se ha sacudido
para siempre de nosotros.
Y sin embargo esta criatura, esta muchacha, Fefé, mi hija,
trepó la infinitud de la pirámide como la cosa más natural del
mundo
y la pirámide la acoge en su regazo —tal parece— y le permite
contemplar desde allí todo el magnífico valle de México.
Las montañas —le dice la pirámide a su modo, un modo que la
joven no ha escuchado ni entiende—,



las montañas, los templos, las catedrales y pirámides, y en fin, todo
lo enorme y casi eterno,
sirven sólo para alzar a una muchacha como tú por entre los
secretos recintos de los aires hasta el centro de todo.
Y ella, la joven, la débil, la fugaz, puede que haya escuchado,
atendido, aceptado,
pues por algo sonríe para sí tan levemente.



MUCHACHA DE LA MADONA

Hiere el perfil de la Madona,
su delicada perfección lastima
los ojos insaciables; ella
no tiene culpa: es ella, la muchacha,
la que borda la luz, la que sonrío
junto al pozo del año, frágil,
menuda hija del vecino
de siempre, sólo ella; pero,
ligeramente vuelta, ladeada
no más un poco hacia la gloria,
 el oro
le roza el pelo, se le aparta
si ella lo mira, se hace música
para el dibujo de las manos: hiere
su transparencia, su piedad lastima.



VISTA DE UNA GRANJA AL CREPÚSCULO

Por qué pintaron los grandes holandeses los paisajes
en que una granja recuesta su contorno sobre una bruma de oro
y una muchacha, de espaldas, da de comer feliz a las gallinas
mientras el sol se oculta, no en el horizonte, en la memoria.
Jamás hemos de verle a la muchacha el rostro,
las gallinas jamás se saciarán, confiadas, tercas,
erguido eternamente el cuello blanco, allá, remotas;
nadie abrirá la puerta de la casa nunca
ni nunca el viento arrancará una hoja de la encina.
Lunes y viernes, en cambio, van y vienen en mágicos tumultos,
y no es el mismo quien ayer miró la inmóvil fiesta de la joven
y el que hoy enreda en letra y letra su nostalgia,
no es el mismo.
Ella lo ignora: ni siquiera el leve movimiento de los hombros
con que el absorto espanta los ojos que lo turban
rompe la línea de su espalda. Podemos ya morir que no se entera,



vuelta a sí misma, esparciendo los granos como estrellas,
y en sus labios, más bellos que soñados, invisible delicia,
el sabor del instante como un vino de oro.

DAGUERROTIPO DE UNA DESCONOCIDA

Esa muchacha que en el daguerrotipo está mirándonos,
que no sabemos quién fue ni cómo se llamaba;
esa muchacha tan deliciosamente fresca bajo su blusa de encajes,
frágil con el temblor del pájaro que una vez hemos tenido
 en la mano;
el óvalo de cuya cara nos hiere de belleza,
las líneas de cuyas manos dibujan la esperanza o la ternura;
esa muchacha está en peligro, ya ven, y no se da ni cuenta.
El día se le está yendo como el aroma escapa de la rosa,
el nombre se le está yendo como está yéndose la música,
 no se da cuenta.



Sólo un instante más y ya no podremos ampararla, no podremos;
el rumor de su falda se ocultará en la sombra de los márgenes;
ligera se habrá ido como si no tuviese un cuidado en el mundo
y en su lugar habrá cosas sin alma que el polvo aquietta
con la punta de sus dedos.

No estará la muchacha, la perfección, la gloria de la luz, sino
su imagen
manchada ya, tocada ya, dañada, como por una mosca,
por la fecha.

Es demasiado joven para el odio del tiempo.



TESTAMENTO

Habiendo llegado al tiempo en que
la penumbra ya no me consuela más
y me apocan los presagios pequeños;

habiendo llegado a este tiempo;

y como las heces del café
abren de pronto ahora para mí
sus redondas bocas amargas;

habiendo llegado a este tiempo;

y perdida ya toda esperanza de
algún merecido ascenso, de
ver el manar sereno de la sombra;



y no poseyendo más que este tiempo;

no poseyendo más, en fin,
que mi memoria de las noches y
su vibrante delicadeza enorme;

no poseyendo más
entre cielo y tierra que
mi memoria, que este tiempo;

decido hacer mi testamento.

Es

éste: les dejo

el tiempo, todo el tiempo.


ELISEO
DIEGO





Producción y edición: **Mauricio Molina**
Grabación y masterización: **David Bojorges, Estudio 19**
Diseño original de la colección: **Vicente Rojo Cama**
Cuidado de la edición: **Carlos Pineda**

El cuadro que ilustra la portada y los detalles de los interiores,
de Vicente Gandía, corresponden a una obra original
que el artista dedicó a su amigo Eliseo Diego.



ELISEO
DIEGO

Gandhi



La primera edición en disco compacto VVAL-37 *Pasaban en silencio nuestros dioses (Antología poética)* de Eliseo Diego fue publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México, se produjo en SONOPRESS, una división de BMG Entertainment México, S.A. de C.V., Av. Cuicilahuac 2519, Col. San Salvador Xochimanca, 02870, México, D.F., y se terminó de imprimir en Offset Rebosán, S.A. de C.V., Av. Acueducto No. 115, Col. Huipulco Tlalpan, 14370, México, D.F., en agosto de 2003. Se tiraron 2000 ejemplares.